

HOMILÍA DESPEDIDA DE ANTONINO

En estos momentos nos une el dolor compartido, la aflicción por la pérdida de alguien que ha sido importante en la vida de todos nosotros y en la vida de esta Viceprovincia. Algunos lo conocieron siendo tan sólo un niño; otros le conocieron ya en su ministerio sacerdotal desde que era un cura joven en nuestro país; y muchos de nosotros le conocimos ya en su tercera edad con la sabiduría que le caracterizaba. Nos congrega la irremediable pérdida de nuestro hermano Antonino Cavero y su partida nos deja un vacío, como dice la canción:

Cuando un amigo se va
queda un espacio vacío,
que no lo puede llenar
la llegada de otro amigo.

Por eso se nos nubla el horizonte y por un momento perdemos el rumbo de nuestra vida y no acertamos qué pensar, ni qué hacer, cuando la muerte se aproxima a nosotros. Pero yo les aseguro que la única manera de darle sentido a la muerte de Antonino, es valorando su vida, su ejemplo, su testimonio y dejando que algo de su historia transforme la nuestra.

Antonino nació en Barrientos, León, España, y allí, al igual que los apóstoles, recibió el llamado a seguir a Jesús, siendo tan sólo un niño. Siempre afable, dado a la convivencia, responsable, inteligente y trabajador, logró ganarse la confianza de sus superiores que vieron en él un potencial misionero que podría dar mucho a la CSsR y a la Iglesia. Y nuestro querido P. Cavero aceptó la obediencia que se le pedía creyendo profundamente en las palabras del Evangelio que acabamos de escuchar, dejando lo máspreciado que hasta entonces tenía. Y así comenzó para este misionero la historia de un corazón “trividido”, si me permiten semejante exabrupto gramatical, porque su corazón se comenzó a partir en tres, tres amores: la tierra que le vio nacer, donde su familia le lleno de cariño y el seminario lo formó en las huestes misioneras y de cultura general; México, su primer destino misionero y origen de sus constantes anécdotas, dichos y recuerdos; y Venezuela, la tierra que le vio morir dos veces, primero a sus sueños personales de una vida misionera en México, y luego día a día con su entrega callada, abnegada, sirviendo a la caridad, compartiendo su sabiduría, siendo causa de la alegría de muchos y dando, dando, dando... hasta apagarse al final como una vela en el altar del amor sincero y verdadero.

El P. Tonino, como le decían algunos en Barquisimeto, supo encarnar la figura del Buen Pastor: acompañó espiritualmente a muchos, escuchó la confesión de un sin fin de almas, predicó la Palabra con celo admirable conmoviendo las entrañas de quienes le escuchaban, atendió en su lecho de enfermedad o muerte a cuantos le necesitaban en esos momentos, pastoreó de tal manera a sus ovejas que logró convencernos de que es una realidad que “el Señor es nuestro Pastor, nada nos falta”, como dice el salmo.

Este misionero recorrió nuestra Venezuela con sus ojos y el corazón abiertos, de tal manera, que grabó sus imágenes de manera fotográfica, resaltando la belleza de nuestra tierra, lo hermoso de su gente y lo valioso de su cultura. Escucharlo hablar, con tanta exactitud, de nombres y situaciones geográficas; de costumbres, gentilicios e imaginario popular, hacía que cualquiera de nosotros creciera en amor por esta pequeña “pequeña Venecia”. Pero, este Hidalgo del Evangelio no se conformó con esto, e hizo un esfuerzo grande para convertirse en “misionero de misioneros”, es decir, en formador de todos aquellos que deseábamos ser el relevo futuro de la Viceprovincia de Caracas. Con extremada pedagogía nos enseñó el castellano, porque decía literalmente que “lo habíamos mamao desde pequeños” pero no lo entendíamos, y de esta manera nos llevaba al latín que nos exigía nuestro seminario. Como un autodidacta se formó en historia de la Iglesia y haciendo gala de su memoria prodigiosa nos sorprendía a todos con la exactitud de las fechas, la certeza de los nombres y el realismo con que presentaba los desenlaces de los acontecimientos.

Al igual que San Alfonso, no perdió un minuto de su tiempo, y frecuentemente le encontrábamos leyendo, escribiendo o atendiendo sus queridas plantas. Llevaba registro de todos los que habían pasado por nuestro seminario, guardaba papeles y cartas de momentos importantes para la Viceprovincia, escribía con detalle las crónicas de nuestra vida, y siempre decía que lo hacía para hacer “gimnasia mental”.

Como religioso fue Superior Viceprovincial, consejero, superior local, párroco, misionero, formador y tutor de Viceprovinciales. Por su carácter era más feliz obedeciendo que dando órdenes. Todos los redentoristas le recordamos rezando, con fidelidad, todas las horas de la liturgia; asistiendo a las reuniones comunitarias; o disfrutando de una buena tertulia entre los cohermanos.

Sin embargo, creo que, como Moisés, murió sin llegar a la tierra prometida, Antonino sólo pudo contemplarla a lo lejos. Siempre deseó una Viceprovincia

en donde los Venezolanos pudiéramos llenar los vacíos dejados por nuestros predecesores, continuar la obra empezada y reinventar el proyecto misionero con entusiasmo, fidelidad y valentía. Gracias a Dios, fue testigo del comienzo de una nueva etapa, pero creo que las dos generaciones de redentoristas en Venezuela debemos renovar nuestro compromiso hoy ante sus restos: los españoles de mediana edad, acompañando a los más jóvenes hasta que puedan continuar solos; y los más jóvenes, asumiendo el reto de construir con “fidelidad creativa” un futuro para nuestra Viceprovincia de Caracas.

Ahora bien, de lo que si estoy seguro es que él supo perder la vida para ganarla, como dice el evangelio, al dejarlo todo por servir, y aquí encontró padre, madre, hermanos y muchos hijos e hijas. Y a nosotros nos queda hoy el seguir su ejemplo. Porque los genios no son genios por lo que producen, sino por lo que proyectan, por lo que reparten. Y los santos, son santos porque no se reservaron para sí, sino que se entregaron a todos cuantos les rodeaban, y así se puede definir al P. Antonino Caverio, un genio, un santo, un verdadero hombre. Por eso, en este día debemos orar con San Agustín: “Señor, no te pregunto por qué me lo has quitado, sino que te doy las gracias por habérmelo dado.

Ojalá y honremos tu memoria, Antonino, viviendo en fidelidad al evangelio y superándote en la entrega de cada día. Requiem in pace, querido hermano.